

ELEVACIÓN

Señor, un deseo palpita en nuestras almas ¡lo eterno!

Se dice frecuentemente que es necesario crear un “mundo nuevo”. ¿Es esto posible? En primer lugar, el crear no compete al hombre; es propiedad exclusivamente Tuya, Señor. Y en segundo lugar, lo nuevo, por muy bello que nos lo imaginemos, dura poco; y al correr de los años, eso “nuevo” se convierte en algo “viejo”.

Por eso, Señor, nosotros no queremos crear nada nuevo, que, pasado el tiempo, pueda convertirse en un museo de antigüedades. Nosotros no vamos a hacer nada. Solamente una cosa: No obstaculizar tus proyectos eternos, que con nuestra rebeldía hemos impedido los hombres.

Señor, estamos cansados de mundos y estilos nuevos de vivir. Deseamos, con más o menos conciencia, un “mundo eterno”: ese mundo ideado por ti desde que pensaste crear al hombre. Tenemos que desprendernos de ese afán de crear, que, como una asfixia, ha venido sofocando todos tus intentos por implantar en el mundo tu reino para darnos la eterna felicidad. Y es que eres tan inmensamente perfecto, Señor, que no pasas por encima de nuestra libertad, para imponer tus eternos deseos.

Señor, danos la humildad de estarnos quietos. Enséñanos a dejarte poner por obra ese “mundo eterno”, que incansablemente vienes proyectando sobre nosotros.

UN MODELO DE VIDA PERFECTA: JESÚS.

Para que nada faltara, se nos ha dado un modelo de vida perfecta, Jesús. El es el modelo al cual deben conformarse todos los «renacidos» para entrar en el reino de Dios. Ahora bien, ¿qué hijo ese Hombre, para acoger en su seno al Hijo de Dios? Desaparecer. La persona humana de Jesús «desapareció» para que en él apareciese el Dios vivo. El «yo» humano que en Adán se reafirmó contra la voluntad de Dios, en Jesús desapareció hasta la no-existencia. Entonces Dios, el Hijo, vive en esa Humanidad de Jesús, santificándola hasta lo infinito. Así también, en tanto nuestro «yo» vaya desapareciendo, irá apareciendo el Hijo de Dios en nosotros, Cristo-Jesús. La misma palabra, «desaparecer», ¿no querrá significar aparición de Dios?

Todo esto lleva consigo una obra de desgaste, algo semejante a lo de la bella imagen que se esconde en un bloque de mármol o de piedra. Pero en esta obra de desgaste espiritual hay una diferencia: el Escultor está dentro de nosotros. La gracia obra en nosotros a modo de la savia, que hace crecer la planta dándole la forma que requiere su naturaleza. ¡Cuántas formas han tenido que desaparecer para que la planta adquiriera su forma definitiva y dé su fruto! Si la semilla no renuncia a su forma, «desapareciendo», la vida no «aparece». ¿Cuál es la forma definitiva de nuestra naturaleza humana? Lo tenemos expresamente indicado en el plan divino: «*Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra*». Luego nuestra «forma» es una forma de ser divina. Jesús es no sólo modelo, sino encarnación de esa forma divina, que le hace ser el «primogénito de muchos hermanos». Jesús está ahí, no como un cuadro que debe ser admirado simplemente, sino como un empeño a identificarnos con El. Pues, si El es el Primogénito, quiere decir que deben existir otros que participen en alguna manera de su misma forma y de su misma naturaleza.

Muy pocos se deciden a desaparecer para que en ellos aparezca la vida de Dios. Falta esa oblación al Padre, como la hizo Jesús, para acoger en MI seno al Hijo de Dios. Queremos ser nosotros ante todo; Dios tiene acaso el segundo lugar. Hay que tener presente esta verdad fundamental: Hasta que no hayamos inmolado esa «prioridad personal» en todas sus formas, la epifanía de Dios no se realizará en nosotros. Un reconocimiento a fondo debe conmover todos los «centros», en torno a los cuales ha girado la antigua vida, para «centrarse» en Aquél que es, fue y será el centro de la creación entera: el Dios humanado.

A través de estas páginas meditaremos, con la ayuda de la gracia, aquellos elementos de ese mundo que Dios viene proyectando sobre nosotros, y aquellos obstáculos que El ha encontrado para realizarlo.

(PP. 38-40)

LA LIBERTAD DEL HOMBRE

Puesto que la gracia de Dios está siempre a disposición del hombre para retornar a aquel estado perdido, hay que buscar la causa que nos detiene; y ésta es el mal uso de nuestra libertad.

¿Somos verdaderamente libres? ¿En qué sentido? Todo aquel que hace lo que quiere, ¿es verdaderamente libre? Hay que contestar que existe una falsa libertad, que encubre una esclavitud: la libertad externa de acción puede ocultar una esclavitud íntima; es el hombre voluntarioso que tiene poder y facultad para obrar a su capricho. Ese es un esclavo del espíritu del mal que reside en él. Porque no se debe olvidar que no sólo existe la esclavitud a otros hombres, sino la esclavitud a sí mismo, que, en definitiva, no es otra cosa que la esclavitud al espíritu del mal. Pues el verdadero «yo» del alma tiende siempre a Dios solo, ya que fue creada a su

«imagen y semejanza» y por lo mismo debe identificarse con El. Cualquier otra meta, fuera de esta unión con Dios, que el hombre se proponga alcanzar, se debe a un mal uso de la libertad, originando en él la esclavitud mencionada.

(P.73)

LA LIBERTAD Y LA CONCUPISCENCIA

Hemos hablado del obstáculo que reside en la voluntad misma, e impide la libertad: El egoísmo y el orgullo.

Dando un nuevo paso nos encontramos con un nuevo impedimento de la libertad; éste se encuentra dentro del hombre, pero fuera de su voluntad: la concupiscencia desordenada de la carne. Esta segunda esclavitud, como toda esclavitud, depende de la primera: Al no estar la voluntad libre, sujeta a Dios, ésta no puede sujetar y ordenar las pasiones, dando lugar a la esclavitud de la concupiscencia de la carne.

¿En qué situación se encontraba el hombre en este aspecto antes del pecado original? Todas sus pasiones estaban ordenadas en un perfecto equilibrio bajo el dominio de su voluntad, sujeta a Dios, gozando así de una auténtica libertad. Por eso el enemigo, espíritu del mal, no podía tocar sus pasiones, ya que todas ellas estaban como unguidas por una voluntad santificada por la gracia. La tentación fue dirigida desde afuera, a esa voluntad. Todos los actos del hombre eran purísimos, pues procedían de un principio santo. Su quehacer principal, ya se lo había ordenado Dios: Multiplicar el género humano, la familia de Dios.

La familia humana, tal como la conocemos hoy, no entraba en el plan divino primitivo. Esto que parece una exigencia de la misma naturaleza, es cierto, después del pecado, que todo tiende a ser dividido y requiere un orden; y que ahora necesita de ese orden para purificación del hombre. Pero no habiendo

necesidad de esa purificación, en caso de que no hubiera existido el pecado de origen la situación hubiera sido muy diversa. Mientras que el hombre ahora tiende, casi de una forma exclusiva a la formación de una familia, en el plan primitivo no tendría presente más que una cosa: Cumplir la Voluntad de Dios que incluía la colaboración con El en la multiplicación de sus hijos, sin distinción de razas ni de fronteras, ya que éstas son consecuencia del pecado. El sexo se lo dio Dios al hombre para este fin. Esto se hubiera realizado de una forma perfecta: El centro de la vida humana era Dios. El hombre era la criatura gozosa de saber que estaba al servicio de su Creador. Como Dios en su infinito poder quería la colaboración del hombre para crear otros hombres como él, dio a éste una colaboración humana, la mujer. La mujer, en el orden sobrenatural procede del hombre: *«Y de la costilla que del hombre tomará formó Yahvé Dios a la mujer...»*, y quedó constituido el matrimonio: *«y serán los dos una sola carne»*. El hombre no estaría solo en un quehacer tan divino: La multiplicación de la familia de Dios. Lo que les llevaría a la unión sexual no sería jamás el egoísmo de unos instintos desordenados, sino el «servicio» a su Señor que les creó. Tanto el hombre como la mujer no se verían sino como instrumentos, sumisos plenamente a la Voluntad divina. Jamás se detendrían en sí mismos, estando unidos en un solo Amor: el Espíritu Santo.

No podemos concebir ahora, como estando «desnudos» no se dieron cuenta de ello antes del pecado. Este es un rasgo que ilumina, revelándonos su grado altísimo de contemplación divina. En un estado tal de contemplación, ¿qué importancia podían tener sus cuerpos? Lo importante era el Amor de Dios que los unía. No era la fuerza sexual la que dominaba, sino el AMOR, la daría visión de Dios que les había ordenado multiplicarse y crecer. El placer sexual, que ciertamente existía, no era comparable al gozo del alma de saber estar cumpliendo la Voluntad de su Creador, a quien amaba con

todo el corazón y con toda la mente. El cuerpo no era más que un simple soporte donde habitaba el alma, la «imagen de Dios», que iba a colaborar con El en la creación de otras criaturas. Todas estas criaturas colaborarían con Dios en una forma idéntica. No quiere decir esto que el fin *único* de la unión del hombre y la mujer era la procreación del género humano; el fin *principal* de esa unión era el cumplimiento de la Voluntad de Dios, lo otro sería una consecuencia. De esa unión de almas y cuerpos en el Amor y la Voluntad de Dios se beneficiaría toda la creación. Así, eran «imagen y SEMEJANZA de Dios», un reflejo de la Santísima Trinidad.

Dios mismo era el centro de ellos, que eran «uno» en Dios. Ellos, el hombre y la mujer, eran el centro de la creación. De esa unión de sus almas y sus cuerpos en Dios, recibía toda la creación esa fuerza, vigor, fecundidad, ¡vida!, que ellos recibían de Dios irradiando ese bien que penetraba hasta las entrañas de todo lo creado. Al mismo tiempo que cooperaban con su Creador en la creación de los «hijos de Dios».

Cuando aconteció el pecado, se dio una honda perturbación en el ser humano. Al faltar la libre sujeción de la voluntad a Dios, la otra parte del ser humano, el cuerpo con sus instintos, dejó de sujetarse a aquélla que se había rebelado separándose de Dios. Esto origina la esclavitud de la carne. La concupiscencia no obedece fielmente a la voluntad. Más aún, ésta esclavizada por el orgullo propio busca ante todo la satisfacción egoísta. El sexo, que Dios había dado al hombre para colaborar con El, lo utiliza como fuente de placer, pasando a ser colaborador del espíritu del mal. El desorden de la concupiscencia, que es una consecuencia, reafirma la esclavitud de la voluntad, que es su causa.

Mas así como no quitó Dios la libertad del hombre, cuando usó mal de ella, así tampoco le quita la facultad de procrear. Tampoco disuelve el matrimonio. Nos lo recuerda Malaquías en el Antiguo Testamento con estas palabras: «*Porque Yahvé*

toma la defensa de la esposa de tu juventud, a la que has sido desleal, siendo ella tu compañera y la esposa de tu alianza matrimonial. ¡Pues qué! ¿No los hizo El para ser uno solo, que tiene su carne y su vida? Y esto único, ¿para qué? Para una posteridad para Dios. Cuidad, pues de vuestra vida; y no seas infiel a la esposa de tu juventud». Y lo confirma después Jesús en el Nuevo Testamento. Dice Jesús, contestando a los fariseos: «No habéis leído que al príncipe el Creador los hizo varón y hembra? Y dijo: «Por esto dejará el hombre al padre y a la madre y se unirá a la mujer, y serán los dos una sola carne». De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios unió no lo separe el hombre» .

Dios no se desdice en sus obras. Pero para ayudar al hombre a recobrar la antigua libertad, le dio unas normas explícitas: *«A la mujer dijo: Multiplicará los trabajos de tus preñeces. Pariás con dolor los hijos. Y buscarás con ardor a in marido, que te dominará»* . Al hombre le dijo: *«Por haber escuchado a tu mujer, comiendo del árbol de que te prohibí comer, diciéndodote: no comas de él: Por ti será maldita ja tierra; con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida; te dará espinas y abrojos, y comerás de las hierbas del campo. Con el sudor de tu frente comerás el pan. Hasta que vuelvas a la tierra»*. Estas normas debían establecer un orden semejante, no igual, al primero: Ya la subsistencia del hombre no dependía de Dios solo; debía ganarse el pan *«con el sudor de su frente»* y la mujer debía además cooperar con su dolor, a la procreación de los hijos. Cada pareja formaría una familia por la cual debía responsabilizarse. El hombre, tanto será más hombre cuanto mejor cumpla su deber de representante ante Dios de esa familia y cuanto su voluntad sepa dominar su concupiscencia dentro de ese hogar. Era la primera fase de la purificación de la carne. Además de que lo exigían los hijos nacidos en pecado y necesitados más largamente del apoyo moral y material de una familia. Esa familia sería como el clima espiritual, que acogería a la Madre

del Mesías prometido y a su Hijo.

María inauguró una segunda etapa de purificación haciendo el voto de virginidad; y al mismo tiempo santificó la familia misma. Las almas vírgenes, que han seguido su ejemplo, han sido un contributo santo a esa purificación para recobrar la libertad de la carne, purificando la naturaleza caída. Nuestra visión limitada – una de tantas consecuencias del pecado de origen – nos impide ver la repercusión social de ese holocausto de la concupiscencia, consumado por esas almas vírgenes.

El «enemigo» ha intentado sacar su parte también de esta segunda fase de purificación: Esa lucha contra la concupiscencia ha engendrado una inconsciente aversión al sexo, como si éste fuera obra del pecado. Hasta hubo una secta que consideró al matrimonio como una invención del diablo. Bastaría decir a esto, que el pacto de la antigua alianza, señalado por Dios con Abraham, fue hecho por medio de la circuncisión, adelantándose así a lo que el demonio podía sugerir mucho tiempo más tarde.

Es cierto que el hombre, después del pecado de origen ha perdido aquella serenidad, que procede de una voluntad sujeta a Dios, libre de sí misma y de los apetitos de la carne. Todo el orden «natural», que residía en el interior del hombre, dependía del orden «sobrenatural de la gracia». Era ésta la causa y el fundamento de aquel orden «natural». Si se quiere retornar a aquel equilibrio, donde la voluntad sea libre de toda esclavitud, necesita el orden sobrenatural de la gracia, pues Dios quiso al hombre en este estado, y de él dependía ese equilibrio «natural». Es la gracia, por tanto, la que dará al hombre aquella «naturalidad» y espontaneidad en el entender y hablar del sexo. Cuanto más esa gracia vaya penetrando en el alma, la va tornando a aquella infancia recomendada por el Maestro. ¿Y cuándo los niños han pensado que el sexo es algo misterioso? Esa denominación del «misterio de la vida» ha

sido obra de la concupiscencia desordenada. Para los niños el sexo es algo tan natural como las manos, la cabeza y los ojos. A esa naturalidad se puede llegar con la ayuda de la gracia. Pero el estado actual de la sociedad debe mantener con la misma reserva a aquellos que la han conseguido.

Hay que hacer notar que el hombre de un corazón puro posee una ingenuidad que puede ser juzgada como falta de personalidad. Así lo cree el hombre que ha puesto la personalidad en cosas que no lo son. Ello se debe a que éste no posee un corazón puro, sino manchado; y esa mancha, que es ceguera, no le permite ver la realidad del plan divino. Porque la verdadera personalidad se debe colocar en aquello más elevado que posee el hombre: la imagen que Dios grabó de Sí en él: *«Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra»*. El hombre de corazón puro va adquiriendo aquella «semejanza» divina, que es su verdadera personalidad. El santo es aquél que ha alcanzado aquella verdadera libertad divina, que Dios quiso para el hombre, como una participación de la suya, y que nada tiene que ver con el endurecimiento que proviene de la esclavitud de la concupiscencia.

Hemos apuntado antes la colaboración de la mujer con el hombre en la multiplicación de los hijos de Dios. Pero no se debe olvidar que Dios al crear la mujer lo hizo para quitar la soledad del hombre: *«No es bueno que el hombre esté solo»*. Si esa soledad del hombre se hubiera hecho notar después del pecado, habría una explicación. Pero no, el hombre estaba lleno de gracia, Dios vivía en él, y sin embargo, su Creador encuentra que *«no es bueno que el hombre esté solo»*. En esto vemos la humildad profundísima de Dios: en el hombre que le pertenece totalmente, deja como una abertura espiritual para que otra criatura la complete. ¿No podrá hacerlo El mismo? Sí, pero Dios quiso dar al hombre el gozo de hablar con una criatura semejante a sí. Para ello hace «depender» a la mujer de él mismo, dejando en el hombre aquella abertura, no sólo en la carne, sino en el espíritu. La «ayuda» que Dios

dio al hombre es de I al índole que toca a la raíz de la existencia humana. Existe un principio que dice así: «La gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona».

Ahora podemos sacar ya una consecuencia: el total desarrollo de la personalidad del hombre se realiza, cuando su alma se encuentra con el alma de la mujer. Lo sexual es una realidad posterior, que hasta puede no existir. Contemplemos la vida de los santos. Siempre al lado de ellos existe una mujer, que realiza la misión de ser la «ayuda» querida por Dios. Esa «ayuda» frecuentemente no es observada por los ojos mundanos, pues lo enlodaría; permanece oculta, realizando su humilde, pero sublime misión. Y no pensemos que a los santos les bastaba con Dios. Más gracias que los santos tenía el primer hombre y Dios dijo: «*No es bueno que el hombre esté solo*». No reconocer esa «ayuda», es rechazar el plan divino.

En el hombre se pueden dar dos anormalidades diferentes, según la actitud que adopte frente a la mujer: El endurecimiento y el embrutecimiento. Aquél acontece cuando se desprecia esa «ayuda», éste cuando se abusa de ella. El embrutecimiento, cuando hace de la «ayuda» un Dios, creyendo que la satisfacción carnal le puede dar la felicidad. Y como esa felicidad dura unos instantes, el hombre piensa que multiplicando esos instantes la felicidad se puede prolongar. Esta forma de pensar no trae más que el hastío. Ese proceder no trae ningún desarrollo de la personalidad humana; lo que trae es la aparición de la bestia en el hombre con un mínimo de razón. El demonio ha conseguido que el hombre substituya a Dios por el sexo: este es el Dios cuyas exigencias son cada vez más imperiosas; en el no hay ni amor, ni justicia. Sólo existe una norma: el egoísmo. Aquí estamos en la plena esclavitud de la carne, fomentada por el demonio constantemente.

Esto puede dar motivo a que otros hombres, deseosos de

esa libertad, para ir mejor a Dios, desprecien la «ayuda», viéndole como un instrumento casi exclusivo que el demonio empica para apartarlos de Dios. Este razonamiento intenta prescindir radicalmente de esa «ayuda», quizá con buena intención, porque cree que es un impedimento. Pero el plan de Dios no se puede cambiar sin sentir las consecuencias. Ese desprecio de la «ayuda», *querida por Dios*, produce un dislocamiento interior que termina en el endurecimiento, causando en el alma una frialdad semejante a la de aquellos que se han embrutecido abusando de la «ayuda». Porque el hombre que se entrega sinceramente a Dios, jamás debe despreciar aquello que Este ha creado para él, aunque otros abusando de esa «ayuda», hayan ido contra el plan divino. El endurecimiento no sucede, cuando el hombre ha buscado primordialmente el servicio de Dios, sino cuando esa prioridad se la ha dado a su egoísmo, vivir más cómodamente. Es decir, que tanto en el embrutecimiento como en el endurecimiento, abuso y desprecio de la mujer, el factor que mueve ambas actitudes es el mismo: *el egoísmo*.

Y así el demonio ha hecho ver que el enemigo del hombre es la mujer y viceversa. No es fácil reconocer al demonio en todas estas apreciaciones. Pero es él quien desea obstaculizar el plan divino, desde el principio, pues él mismo se valió de la mujer para introducir su espíritu en el alma humana y apoyarse en el hombre para realizar sus ambiciones de ser hombre y reinar sobre los hombres. En la regeneración del hombre no se puede prescindir de la mujer, pues Dios mismo, en su humildad y en su justicia, se sirvió de ella, María, para introducirse en este mundo. Frecuentemente, dada la naturaleza caída, sólo se tiene en cuenta la obra devastadora que el «enemigo» ha realizado por medio de la mujer, pero ha llegado la hora, ¡y es ésta!, en la que corazones llenos del Espíritu Santo, encendidos en su fuego purísimo, miran de frente al modo de obrar de Dios.

EL ESPÍRITU DEL MUNDO

Hay que advertir, que cuando comencemos a liberarnos *totalmente* del espíritu del mundo, empezaremos a sentir la imposibilidad de vivir en este mundo. No se puede conocer esa imposibilidad hasta que en verdad, no se renuncia *totalmente*. Esa renuncia nos coloca en un estado de violencia con nuestros semejantes. Esa violencia no incluye una falta de caridad propiamente dicha, sino que supone una especie de dislocamiento; se vive en el mundo, pero con un espíritu que choca por todas partes con la forma de pensar de aquellos que están instalados en el mundo. Ese dislocamiento espiritual, como el dislocamiento de un miembro del cuerpo, causa dolor en lo humano. Aquel que quiere vivir totalmente del Espíritu de Dios desearía ser condescendiente con ciertas debilidades de aquellos que todavía viven del espíritu del mundo, pero no puede. He ahí el dislocamiento: querer y no poder; querer en lo humano; no poder porque el Espíritu de Dios, del que vive, no le permite condescender con aquello que es propio del espíritu del mundo.

Esta constante violencia no podrá ser comprendida, sino por aquellos que han renunciado de verdad totalmente al espíritu del mundo. Y ese «totalmente» es muy importante para que esa experiencia sea perfecta. Porque puede renunciar a ciertos aspectos del espíritu del mundo, y al mismo tiempo vivir de ese espíritu bajo otros aspectos. Podemos decir que la señal de ese renunciamiento *total*, se encuentra en esa impresión de imposibilidad, para vivir en el mundo. Aquellos que no hayan tenido esta experiencia dolorosa, es porque no han renunciado *totalmente* al espíritu del mundo, todavía éste lucha con el alma por permanecer en ella. Porque cuando ese espíritu se ha expulsado *totalmente* y se vive *solamente* del

Espíritu de Dios, se adquiere aquella libertad perfecta, que no encuentra obstáculos para vivir aún en este mundo, inaugurando ya en su alma el reino de Dios.

El que quiere vivir en este mundo apreciado por él, y no quiera adaptarse a lo que ese espíritu exige, ese vive en una contradicción: Quiere ser amado por «alguien» a quien él no ama. Esta es una renuncia egoísta, porque se ha renunciado al mundo externo, reservándose los aprecio que ese mundo puede darle. Esos viven en una constante inquietud por temor de perder ese aprecio, y al mismo tiempo no quieren contemporizar con él. (Estos están en el «camino de conveniencia», una posición falsa, que no puede permanecer).

No hablemos de los que viven esclavizados totalmente al espíritu del mundo, en ellos no existe la paz. Porque no vale entregarse a ese espíritu de una vez por todas; sus exigencias siempre son mayores, pues en el fondo existe la intranquilidad de un espíritu que se mueve en constante renovación para poder mantenerse, ya que es el error y la mentira.

¿Cómo afrontar a fondo una verdadera purificación del espíritu del mundo para devolver la libertad a las almas? Es cierto que esos generosos intentos de perfección, para cortar de raíz los contactos con el espíritu del mundo, pueden provenir de una voluntad decidida de unirse al espíritu de Dios. La vanidad de verse libres de ciertas lacras, que reconocemos tales, precisamente por una gracia. Pero esa gracia no ha penetrado tanto como para hacer desaparecer no sólo las lacras, sino la vanidad de ser mejores.

Existe un camino más humilde y más práctico: Crear en nuestra alma, con la oración y confianza en Dios, una actitud de disponibilidad. Reconocer las ataduras que nos unen aún al espíritu del mundo, y pedirle a Dios que venga a cortarlas. Todo eso importa una seriedad en la vida: Esa seriedad la da esa espera de que El un día llegará a nuestras almas para romper esas ataduras, creando en nosotros una actitud

completamente opuesta: *«Aquel que beba de esta agua, volverá a tener sed, pero el que bebiere del agua que yo le daré, no volverá a tener sed»*, es la verdadera purificación que sólo El puede efectuar. Al romper en nosotros las ataduras del espíritu del mundo, El crea en nosotros una incapacidad para gustar las cosas del mundo. Esta transformación es un verdadero «don de Dios». Esto es algo incomprensible para aquél que aún sigue atado al espíritu del mundo en una u otra forma. Ese «don» Dios lo concede a aquel que se lo pide y se dispone *sinceramente* a recibirlo. Ese «don de Dios», en un principio, no requiere santidad – ésta es consecuencia de aquél –, sino humildad. Humildad en el reconocimiento de nuestra impotencia, para llevar a efecto una tal purificación, y después ser fieles a las continuas inspiraciones de la gracia.

Existe un aspecto doloroso en esta purificación: El alma que haya recibido ese «don de Dios», sentirá en torno suyo la soledad, porque los seres que le rodean siguen atados al espíritu del mundo; no viven de ese «manantial secreto», que la gracia, el «don de Dios», ha hecho brotar en su alma. Una soledad semejante a la de Jesús en medio de los hombres. Estos se movían, incluso los Apóstoles, en torno a Jesús, con unas miras mezquinas, mientras que El estaba absorto en la Voluntad del Padre. La soledad de Jesús en lo humano fue infinita. Así el alma, en la cual Jesús haya «abierto» el manantial de «agua viva» sentirá las consecuencias: El gozo de haber encontrado su centro, y al mismo tiempo la soledad, pues los seres que la rodean no comprenden la razón de su vida. Por tanto no pueden comprender tampoco sus expresiones y se expone siempre a ser mal interpretada. En ella el «don de Dios» ha creado una incapacidad para gozar de otras alegrías, o de otra «agua», que no sea la que brota del manantial secreto que El ha abierto en su corazón; todo lo mira desde El y hacia El.

Es ésta la auténtica purificación del espíritu del mundo, que nos devuelve la perfecta libertad, y que nosotros no lograre-

mos, si no nos disponemos a recibir el «don de Dios» que nos transformará en criaturas nuevas.

«¡Si conocieras el don de Dios!».

(pp. 114-118)

EL DINERO

El dinero es una invención total y absoluta del demonio. ¿Cómo se podría demostrar esto? Es cierto que el dinero es una realidad manejada por los hombres, pero su inventor es otro; así como los juguetes son algo infantil, pero los niños no fabrican los juguetes, sino otra persona mayor que conoce las tendencias de los niños. También en los hombres, después del pecado, existe una tendencia: La tendencia de alejarse de Dios; aunque también existe la tendencia contraria: La nostalgia y el deseo semi-inconsciente de recuperar el Dios perdido por el pecado. La primera tendencia, alejarse de Dios, fue un triunfo conseguido por el demonio con el pecado del primer hombre; la segunda, la nostalgia de Dios, significaba para el demonio un peligro. Para satisfacer esas dos tendencias, y sentirse más seguro de la posesión del hombre, inventó un dios-sustituto: El dinero.

¿Por qué vamos a meter al demonio en una realidad tan humana, como es el dinero? Porque es él, no el hombre, el que tiene un verdadero conocimiento del mal. Este, aún después de su caída, no desea el mal sino bajo el aspecto del bien. El demonio que es la «personificación» del mal (todo lo contrario al QUERER de Dios), no puede presentarse al hombre, para que le ame eligiéndole en lugar de su Creador, pues le aborrece. Y entonces ha buscado sensibilizarse, presentándose a los hombres bajo el aspecto de un bien; para ello inventó el dinero. Este cumple una doble misión. Hacer

olvidar el verdadero y único bien, Dios, y hacer olvidar el verdadero mal, el demonio, pues el dinero aparece como un bien necesario. Si Dios tomó una forma para aproximarse a los hombres sin deslumbrarles, el demonio, para no atemorizar con su maldad a los hombres y atraerlos a sí, se escondió bajo la forma del dinero.

Hemos dicho que después del pecado, además de la necesidad de trabajo «con sudor» para subsistir, éste tenía un valor relativo de reparación. Habiendo el demonio metido el dinero entre el trabajo y la manutención, los hombres ya no tendrían que trabajar para alimentarse solamente; hay un estado espiritual intermedio: Tienen que trabajar para ganar el dinero, y éste se convierte en el centro de su trabajo, pues piensan que es él quien les dará la felicidad ansiada. El trabajo, que había sido puesto por Dios como un medio de reparación, ha sido profanado. Ninguna caricatura podía haber escogido el demonio mejor, para hacerse desear de los hombres, que ésta del dinero; ha conmovido la existencia misma del hombre. Aquel, cuyo trabajo no sea remunerado con dinero, no puede vivir. El demonio ha convencido totalmente a los hombres de que el dinero es tan necesario para la vida como el aire que se respira; así ése se convierte en el centro de todas sus aspiraciones. El trabajo ha cesado de ser algo sagrado, impuesto por Dios para reparar una culpa, y se ha convertido en un culto al dinero, ídolo inventado por el demonio. El estado de inseguridad llevaría al hombre a recurrir constantemente a Dios, pero con la invención del dinero es a la consecución de éste a lo que se dirigen todos los esfuerzos, pues él proporciona una aparente seguridad. ¿Qué tiene esto de malo? ¿No es justo que exista en el mundo un valor de intercambio y convivencias sociales? La pregunta es demasiado sincera, para que no reconozcamos en ella su relativo valor. Y la respuesta, desde un plano meramente natural, no es tan fácil. Hay que hacer un esfuerzo gigante para desembarazarnos de nuestros usos, costumbres y como-

didades, a fin de ver toda la trama, tejida maravillosamente por el enemigo del hombre; con la particularidad de que él no se deja descubrir tan fácilmente, haciendo que los hombres atribuyan a Dios cosas que son intentadas por él.

La pregunta que nos hemos hecho es la siguiente: ¿No es justo que exista en el mundo un valor de intercambio y convivencias sociales? Hay que distinguir: Si el hombre está hecho para vivir en este mundo lo más cómodamente que le sea posible, no hay duda que debe existir un «valor-base», internacional, que le sirva como una especie de salvoconducto para hacer lo que desee en todos los países del mundo. Pero si el hombre está hecho *esencialmente para Dios*, entonces debe alejar de sí, lo más que pueda, todo aquello que sea un obstáculo para conseguir su fin. Pero se puede insistir todavía: ¿Por qué se va a oponer el dinero en nuestro camino hacia Dios? ¿No ha habido santos que han vivido en medio de riquezas? Nuestra soberbia, bautizada con un cristianismo superficial, pretende saber más que el mismo Cristo. Y las palabras de El son demasiado claras para pretender engañarse: «*Nadie puede servir a dos señores; nadie puede servir a Dios y a las riquezas*». El «señor» que se esconde en las «riquezas» es el demonio. Y aquellos que sirven al dinero, no pueden justificarse porque haya habido santos, que viviendo «oficialmente», en medio de riquezas, sus corazones estaban completamente desprendidos de ellas; el que pretenda conciliar ambas cosas, es porque se ha decidido inconscientemente a servir a las riquezas: «*Nadie puede servir a dos señores*». El joven rico del Evangelio fue más sincero que muchos cristianos, que pretenden conciliar ambas cosas; el joven rico se apartó de Jesús, para seguir cultivando sus riquezas.

Hemos dicho anteriormente que el dinero proporciona al individuo una relativa seguridad. ¿Esa seguridad material es querida por Dios? Lo que vamos a decir parecerá una locura, pero entre lo que los hombres juzgan locura y Dios existe una gran proximidad. Lo decía San Pablo: «*Lo que los hombres*

juzgan locura es sabiduría para Dios».

Después del pecado el hombre tuvo que sentir un desamparo interior semejante al de Cristo en la cruz. No en vano Cristo estaba pagando a la justicia divina la pena del pecado del hombre. .Por eso aquel desamparo que debía enrumbar al hombre a pedir el auxilio del Dios ultrajado mantendría ese contacto entre el Creador y la criatura. Ahora podemos comprender mejor las palabras de Jesús en la Cruz: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*». – No olvidemos que en la cruz estaba siendo crucificado el «hombre viejo» de la humanidad – . El desamparo era algo así como la gracia al revés; lo que la gracia hacía positivamente antes del pecado, mantener la unión con Dios, el desamparo después lo hace negativamente creando en el alma una necesidad de Dios; esto era algo así como una gracia negra. Esta situación llevaba consigo una inseguridad dolorosa, es cierto, pero jamás le haría olvidar su culpa y trataría de esperar con todas las ansias a Aquel que había de venir. El hombre no aceptó esta inseguridad purificadora («*El Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza*») y por insinuación del demonio trata de construir en este mundo un paraíso semejante a aquel del cual fue expulsado. Teniendo esta seguridad en el mundo, el hombre cesa de ver la necesidad de recurrir a Dios, ni esperar a ningún Redentor, que le libre de una culpa que se aleja más y más en el recuerdo de la historia.

Muchas cosas contribuyeron a conferir al hombre esa seguridad intrahumana; una de ellas, y no de menor importancia fue y es el dinero. El pavor del hombre a la inseguridad no puede vencerse, sino con una fe viva y operante en el amor de un Dios, Padre y Providente. Las palabras de Jesús en las que nos aconseja la confianza en la bondad del Padre, no pueden ser comprendidas en todo su vigor, hasta que no nos hayamos despojado de ese «hombre viejo», que llevamos incrustado en lo más profundo de nuestro ser. «Las aves y los lirios», alimentados y adornados por las manos cariñosas del Padre,

le parecen a ese «hombre viejo», que llevamos dentro, pura poesía, pero sin ninguna resonancia en la vida práctica. Y sin embargo, las palabras de Jesús son ciertas: *«Aquel que deje padre y madre, hermanos... tendrá el ciento por uno en esta vida, y después la vida eterna»*. A los seguidores de Jesús no les faltará nada, pero no les quitará la inseguridad: *«No va a ser el discípulo de mejor condición que el Maestro»* ⁿ, se podría decir aquí también. Y la situación del Maestro fue descrita por El mismo: *«Las zorras tienen guarida, las aves tienen sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza»*. Es más santificador confesar incapacidad natural para seguir lo más entrañable del Evangelio, que confesarnos sus seguidores, cuando en realidad ignoramos lo más elemental de sus exigencias. Entonces, ¿quién podrá seguir sinceramente el Evangelio? Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios. Lo que hace falta es confesar nuestra incapacidad e invocar la ayuda de la gracia divina. Pues ciertamente este es el aspecto del Evangelio que permanece aún más ignorado: La inseguridad que lleva consigo un desprendimiento total de las riquezas. De suyo esto es imposible sin una gracia que impulse hacia un Padre que es AMOR. No quiere decir esto que no se tenga que trabajar, *«porque las aves del cielo no trabajan»*, y existe un Padre providente que mire por nuestras necesidades. Esto sería un nuevo engaño del «enemigo». Las aves del cielo no tienen que reparar una culpa como el hombre; y un modo de reparar es el trabajo. Pero por otra parte, ni el trabajo, ni mucho menos el dinero, deben constituir nuestra seguridad. Porque entonces nuestra confianza estaría en el trabajo por sí mismo; y lo que fue un medio de reparación se convertiría en un ídolo: Lo esperaríamos *todo* del trabajo. Y cuando se llegue a una edad en que no se puede trabajar, ¿en qué pondríamos nuestra confianza? Por tanto, ni en el dinero – pues es una invención del demonio –, ni en el trabajo – pues es un medio solamente de reparación – se debe poner la

confianza. Nuestra confianza se debe poner en Dios, que nos creó. Esto no se opone a la inseguridad de que hablamos antes: es inseguridad humana, pues no sabemos, ni podemos contar con nada concreto; pero al mismo tiempo es seguridad, porque dependemos del Omnipotente. Ahora bien, para contar con esta seguridad de parte de Dios, tenemos que vivir conforme a sus leyes: una de ellas es el trabajo, éste puede ser material o espiritual – es su divina Voluntad la que designará ese trabajo que nos purificará – , y sobre todo el amor de Dios, que nos impuso *amorosamente* lo que exigía la justicia de un orden quebrantado. Y así como Dios alimenta a las aves que cantan, así también alimentará a los hombres que trabajan y aman. Esta es la seguridad prometida por Jesús; el que la consiga ha logrado libertar su alma de la esclavitud del dinero, y vivir en la verdadera libertad de los hijos de Dios.

Aquellos que se encuentran bajo la esclavitud del dinero se verán envueltos en una lucha implacable y constante, porque existen otros que buscan la misma realidad; donde los intereses de unos chocan con los intereses de otros. He aquí el dinero trayendo entre los hombres algo que es propio del infierno, el odio. Esta sería una razón más para probar cómo el dinero es una invención exclusiva del demonio.

El dinero no tiene más valor que el representativo de otra realidad: La propiedad. La propiedad es otro de tantos lazos en el cual ha caído el hombre en su orgullo, deseoso de establecerse confortablemente en este mundo. ¿Es que no es lícita la propiedad, fruto de un trabajo honrado? En términos puros, no. El único propietario es Dios, pues de El es, no solamente lo que poseemos, sino las facultades con las cuales hemos trabajado. Sentir profundamente esta expropiación radical, es colocarse el hombre en el vacío de una humildad semejante a aquella de la cual le sacó Dios: La *nada*. Sentir que sus facultades naturales son un don de Dios, y vivir en ese convencimiento; es el sentido exacto de una criatura racional en gracia. Todo lo que se aparte de esto, es obra del orgullo

humano, que como el demonio, pretende apropiarse de cosas que no son suyas.

(PP.122-130)

LIBERTAD Y AUTORIDAD

Para comprender diáfananamente lo que es la autoridad perfecta según el Corazón de Dios, no tenemos mejor modelo que el de Cristo descrito por San Pablo: *«Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien existiendo en la forma de Dios, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre se humilló; hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz»*.

En aquella Persona que llamamos Jesús, vemos a Dios que decide y habla; el hombre, la naturaleza humana, no es más que un instrumento, para que el Verbo, la Palabra del Padre, tenga sonido material, y pueda ser escuchada a través de unos oídos de carne. Jesús tiene voluntad y entendimiento humanos; pero ambos están sometidos incondicionalmente al entendimiento y voluntad divinos del Verbo humanado. Más breve: lo humano de Jesús se hizo una ánfora vacía, en la cual se colocó la Luz divina que vino a este mundo. ¿No será eso lo que desea Cristo de la autoridad?, ¿que ella sea como una segunda «humanidad» en la cual El pueda expresarse con la misma libertad, cumpliendo la Voluntad del Padre?

Entonces esa autoridad humana tendría que vaciarse de sí misma, como estaba vacía la humanidad de Jesús, dócil a la Voluntad del Padre ».

El que llegue a comprender esto, verá desplomarse todo el engranaje de autoridades superpuestas, que ahogan la palabra del Padre. ¿Cómo la Palabra va a hablar si existen otras voces humanas que proceden de intereses distintos a ella? Es como

si Jesús, al ir a hablar el Hijo de Dios, otra voz distinta a El dijese otras cosas diversas. Esto sucedería si la voluntad humana de Jesús no hubiese estado identificada con la Voluntad del Padre. Para ello la persona humana de Jesús tuvo que «desaparecer», ese «yo» humano que se opone a las inspiraciones divinas, no existía en El. Fue un completo anonadamiento humano a fin de que la Persona del Hijo de Dios pudiera expresarse libremente. No debía tener ningún interés personal, a fin de servir incondicionalmente a los intereses de Dios, que moraba dentro de El; su voluntad, inteligencia, memoria, etc., todas ellas vacías de pretensiones humanas para albergar en su intimidad al Hijo del Padre. Tan fuerte fue ese anonadamiento, que ni por mi instante le permitió vanagloriarse de ser portador del Verbo.

He aquí el modelo perfecto de lo que debería ser la autoridad; un instrumento vacío, que sirva de soporte para que la Luz siga iluminando a los que están en tinieblas. Para ello necesitaría un contacto íntimo y personal con Dios; porque desde el momento que pierda ese contacto divino surgirán las pretensiones de hacer algo por propia cuenta. El «enemigo» les tentará, como tentó a Jesús, halagando su poder divino, a fin de que convirtiera las piedras en pan. Lo primero que suele sondear el «enemigo» es el orgullo del hombre. Jesús, como era la misma humildad, lo venció perfectamente. Los hombres en cambio no sufren pasar por unos impotentes e inactivos; no quieren esperar el «momento de Dios», que obre en ellos según su voluntad divina, queriendo realizar cosas maravillosas que demuestren su poder y conocimientos ante el mundo. Hay que advertir, que lo de Dios es perfecto, pero no es perfecto para una mirada mundana. La Cruz de Cristo fue una obra perfecta de amor y de justicia, pero no fue maravillosa para la muchedumbre que la contemplaba, ni aún para aquellos que esperaban un «testimonio» para creer en El como Mesías. Y se podía añadir: En tanto una obra sea maravillosa para el mundo, menos perfecta es para Dios. Porque el mundo

aprecia lo que se le asemeja y desprecia lo que disiente de sus principios y valores.

Ante esta situación, *permitida* por Dios, pero querida por el «enemigo» y realizada por los hombres; el súbdito que haya alcanzado la libertad interior, de la cual hemos hablado, no encontrará dificultad en obedecer en todo aquello que no se oponga a su conciencia. Si la perfecta autoridad tiene un modelo en Cristo, también el súbdito tiene el mismo modelo, Cristo, libre hasta en la muerte.

(PP.151-154)

LA LIBERTAD EN EL AMOR Y LA HUMILDAD

Hemos tratado de encontrar el punto exacto de la verdadera justicia. Y hemos llegado a la conclusión de que solamente una mirada plena de amor puede hacer justicia. Ahora bien, como esa plenitud del amor solamente la posee Dios, de aquí que solamente El tiene el derecho y la facultad de emitir un juicio perfecto sobre los hombres. Las almas en tanto se identifican con el Amor de Dios, tanto más se aproximan a ese juicio perfecto que Este tiene de los hombres.

Aún no lo hemos dicho todo. Existe un aspecto inmensamente profundo del amor, y es su humildad. Se habla frecuentemente de la fuerza poderosa del amor. Mas, ¿cómo se puede conciliar la fuerza potente del amor con su humildad? Es necesario que meditemos lentamente esta pregunta para poder llegar a un abismo, desconocido frecuentemente, de la verdadera justicia. Pues si ésta es imposible sin amor, éste es impracticable sin humildad.

En primer lugar, no podemos comprender ésta si antes no nos elevamos de la experiencia humana del amor, que es como un

balbuco de la experiencia divina. En el amor humano no existe frecuentemente humildad; es un amor orgulloso que trata de imponer a la persona amada su modo de ver egoísta, con pretexto de que es la verdad. Es necesario olvidar nuestras experiencias ordinarias, para poder penetrar en aquella humildad tan inmensa del amor de Dios, que parece que el amor a fuerza de ser humilde ha desaparecido, pues las miradas erguidas de sus criaturas no le ven: ¿Por qué Dios permite esto o aquello? ¿Por qué nos manda tantos males? Y la conclusión que sacan es que Dios es el autor del mal. Ese es el lenguaje de unas criaturas, que se han levantado orgullosamente para enjuiciar a su Creador. Ese juicio nace del pecado, sordo y ciego para oír y ver el amor infinitamente humilde, tan humilde que si la criatura no es humilde, el amor de Dios se le vuelve imperceptible, hasta tal punto de que le da la sensación de que no existe.

¿Por qué el amor de Dios es así? La respuesta no puede ser más que ésta: Porque es el Amor: El Amor es un salir en busca del ser amado, pero si éste tiene una libertad, el amor no tratará de invadirlo a la fuerza; el Amor en su esencia es humilde y respeta esa libertad. Ese respeto a la libertad del ser amado le puede hacer creer a éste, que no existe amor en Aquel que es esencialmente Amor. Este es un ultraje más o menos consciente al Amor; ultraje que surge de un estado de rebeldía de la criatura contra el auténtico Amor. Ese ultraje no desaparece hasta que el ser amado no retorne a la humildad del Amor, que le ama respetando su libertad.

He aquí por qué el amor perfecto no puede desprenderse ni un instante de la humildad. Es tan poderoso que está dispuesto a humillarse hasta ser juzgado como no existente, porque está seguro de su potente existencia. La humildad no es ficticia, es tan espontánea como los la fulos cíe un corazón robusto; es una humildad segura de que el triunfo es del amor. ¿El tiempo? El amor perfecto no mira el tiempo, sino a la eternidad. El triunfo del amor tiene el rostro vuelto constantemente

hacia la eternidad. El tiempo en que se elabora ese triunfo, va vestido del ropaje, de la humildad; el tiempo es la humildad del amor; la eternidad es el esplendor del amor.

No es posible comprender esto en todo su alcance, si no tornamos a la humildad del Amor. Se habla mucho de amor; pero de ese amor fulgurante y artificial, que dura a lo sumo lo que dura una vida humana. Es un amor temporal, por esto no puede ser humilde. La duración de una existencia humana es relativamente corta; la humildad no tiene sentido en un amor limitado por el tiempo y el espacio. ¿Está dispuesto a que el ser amado juzgue, que no le ama? No, por eso aprovecha el corto tiempo de que dispone para hacer sentir la existencia de su amor. Y en esas manifestaciones de amor, ¡cuántas injusticias contra el ser amado! Es que el amor humano lleva el sello de la fugacidad del tiempo, limitado por el pecado del hombre. Para desprendernos del tiempo y mirar la eternidad, se precisa una lucha ineludible contra todo lo que nos rodea, y tratar de no asirnos a su signo de caducidad, amando las almas más que los cuerpos.

(PP. 173-176)